

# Mis nuevos amigos

Bruce Swansey

*Una mujer mayor tiene muy vívidas pesadillas. Se pregunta por qué aún le tiene miedo a la oscuridad. A veces duda de si realmente logró huir de su país cruzando los Pirineos. Su vida transcurre entre el miedo y la rutina, hasta el día en que un visitante entra en su departamento. Bruce Swansey ofrece un relato intrigante que cuestiona la certidumbre con la que nos referimos a la realidad.*

No sé cómo la gente insiste en que en este país no hace frío. Yo vivo congelada, aunque reconozco que la edad influye. Por lo menos tengo a mi gata que cuando reposa sobre mi regazo o sobre mis pies en la cama me brinda su calor. Y claro, aparte de la edad, los padecimientos de la guerra. Pero como la gente vive persuadida de que goza de una eterna primavera, las casas no están acondicionadas y hace más frío adentro que afuera.

Lo noto inmediatamente. Apenas cruzo la puerta de la calle, siento una bocanada de aire helado. Debe de ser por la oscuridad de los pasillos, sobre todo en la planta baja, donde la luz llega tan filtrada a través de los tragaluces del tercero y segundo pisos que agoniza en la penumbra. En los días más soleados, cuando afuera la luz baña el mundo y es tan intensa que hiere los ojos y pica la piel, aquí es anémica y apenas permite calcular la extensión del pasillo. Aunque sé qué distancia me separa de la puerta del fondo, desde la entrada parece no tener fin porque la oscuridad se hace densa y la luz que entra a través de la puerta del fondo a la derecha parece lejana.

Nunca me acerco a esa puerta que lleva al garaje —no conduzco ni tengo automóvil—, y evito el antro de los

porteros, que tienen aspecto de trogloditas. Sin cuello, parecen medir lo mismo de pie que acostados y tienen pinta de perros de pelea. Deben de ser empleados muy eficientes porque es evidente que la dueña del edificio, una vieja seca y polveada cuya fragancia dulzona puede olerse antes y después de sus visitas, los aprecia. Odilón y Juana se transfiguran como si estuviesen frente a un ídolo ante la momia desdenosa y altiva cuyo peinado parece esculpido. Si estallara una bomba a su lado no se le movería ni un pelo.

No me gustaría tener ningún problema con ellos. Modesta, una buena mujer que viene a hacer la limpieza dos veces por semana, me dijo que una de las sirvientas se peleó con Juana en la azotea. El resultado fue que la chica perdió un dedo que la portera le arrancó de una mordida. Se dice que Odilón es boxeador retirado y a juzgar por la nariz aplastada no lo dudaría un instante.

Caminar dentro del edificio es como nadar en el Cantábrico: una tiene la sensación de atravesar franjas frías. Por eso siempre me apresuro a salvar la distancia entre la puerta de entrada y las escaleras. Allí la luz entra a raudales debido a los enormes ventanales que iluminan el arranque del segundo piso. El resto del pasillo

se alarga en una oscuridad lechosa a medio trayecto, donde está el tragaluz. No soy morbosa ni tengo imaginación pero, hundidas en rellanos que rematan en arcos, las puertas de los departamentos tienen la horrorosa sugestión de cuencas de las que los ojos han sido vaciados. Al fondo a la derecha se repite la puerta de cristales que aquí se abre a un descanso de la escalera de hierro de servicio que conecta el patio interior con la azotea.

Cuando subo o bajo las escaleras procuro nunca ver hacia el pasillo porque ya se sabe que por el rabillo del ojo se ven cosas extrañas. Deben de ser recuerdos de la guerra, imágenes que se me han quedado grabadas en la memoria y con las que me iré a la tumba. De cuando en cuando, por un instante, dudo haber cruzado los Pirineos. Todavía temo que vengan a por mí, que en cualquier momento me prendan y me paseen rapada expuesta al odio de la gente que no se harta de sangre y de que acaso ni siquiera llegaré a la cárcel, destrozada por las mujeres en la calle. Pero yo no soy el enemigo. Soy apenas el objeto de su odio, el cuerpo que quisieran quemar en una pira en la plaza pública. El fuego. No les basta la llama del amor ni la del odio los sacia. Quieren el fuego para quemar a los distintos. A veces mis pesadillas son iluminadas por el resplandor de las llamas del auto de fe, el núcleo de nuestra historia desgraciada.

Afortunadamente yo vivo en el tercer piso porque es el más iluminado. Desde la ventana de la cocina puedo ver afuera los hilos enmohecidos de la escalera de hierro y cuando hace viento la oigo rechinar arañando la

pared. Es un lamento agudo y herrumbrado que cuando tiembla se vuelve estrépito.

Cuando regreso de noche hay una lámpara adosada a la pared pero su luz es mortecina y produce una penumbra inquietante. Por eso cuando entro en mi departamento enciendo una luz tras otra. Es ridículo que a mi edad todavía me atemorice la oscuridad pero así es. Me consuela saber que los dos niños que corretean por los pasillos no estarán lejos, aunque nunca he podido verlos y ellos no parecen advertir mi presencia, absorbidos como están en sus juegos. Los niños tienen su crueldad para protegerlos.

La radio es buena compañía para los que vivimos solos. Me gusta escuchar música y a veces sigo alguna radionovela mientras ceno mi quesadilla de cada noche y bebo mi taza de manzanilla. Siempre lo mismo. Me gusta. Las tortillas suaves son más fáciles de masticar que la corteza del pan y con el queso derretido no están nada mal. Ligeras y alimenticias.

Por la noche no puedo comer mucho porque tengo pesadillas. Todavía me estremece recordar que hace poco me quedé dormitando en el salón. Estaba sentada en el sofá en el que escucho la radio y donde también leo. Debe de haber sido tarde porque todo estaba en silencio cuando sentí muy cerca de la nuca una respiración pesada que me sobresaltó. Desperté angustiada pero me tranquilizó pasear la vista por el salón. Todo estaba en orden. Pero de pronto volví a sentir el aliento de alguien que respiraba muy cerca de mi nuca y me rozaba



el lóbulo de la oreja derecha. Escuché un suspiro, o mejor dicho un estertor. Me incorporé y me volví para ver quién estaba allí pero no había nadie. Debe de haber sido una pesadilla tan vívida que atravesó la barrera del sueño.

Hay quienes creen que soy aburrida porque encuentro una gran seguridad en la rutina. No me molesta hacer todos los días lo mismo. Al contrario. Así fue como estudié medicina en una época en la que las mujeres se dedicaban al hogar. Gracias a la disciplina que se me da de manera natural y a un sincero amor por el conocimiento pude terminar la carrera. No me importaba pasarme empollando los fines de semana mientras la mayoría se volcaba en las calles y en los cinematógrafos, en los cafés y más noche en los teatros o en los restaurantes y en los salones de baile.

Nunca eché de menos ese ajetreo. Lo que yo deseaba era una vida de trabajo cuidando de mis pacientes y eso es precisamente lo que la maldita guerra me dio junto con el hambre, la incertidumbre, luego los bombardeos, los cadáveres tirados en la calle, los edificios destripados como rocines de lidia que mostraban paredes de las que aún colgaba un cuadro, un espejo roto, una fotografía de la familia que ya no existía y esta impotencia. Todavía recuerdo esas casas cercenadas, los interiores a la vista de los transeúntes que tememos el momento en el que una bomba nos dejará tirados obscuramente en medio de la calle, entre los escombros,

como perros reventados. Y luego la huida en coches, en autobuses, a pie, más cadáveres abandonados en las cunetas a veces a bordo de coches destruidos, las mulas rebosantes de podredumbre rodeadas de nubes de moscas.

Afortunadamente todo eso ha pasado ya. He sobrevivido. Pero no se me escapa cómo me miran algunos vecinos.

—Es comunista —susurran los ignorantes.

—Es roja —asienten los otros.

—¡Uy, qué barbaridad! —dicen las mujeres como quien ha visto al demonio.

¡Qué saben lo que soy quienes han pegado en sus puertas esas estampitas azules con la figura de un pez sobre el que se lee en letras blancas “este hogar es católico”! El pez apostólico avanza primordialmente contra los protestantes y aunque no realicen ningún tipo de proselitismo, advierte: “Absténgase de cualquier propaganda contraria a nuestra fe”.

Pero, ¿se puede saber quién creería que semejantes brutos pueden razonar? Son idénticos en todo el mundo, orgullosos de cuanto ignoran. Aferrados al odio. A estos también les gusta el fuego. Pero alimentan sus calderas con carne de indio. Muy orgullosos de su pasado pero la palabra “indio” es uno de los peores insultos. “Pinche indio”, le dice un indio al otro.

Como extranjera debo guardar silencio por agradecimiento. Ningún país nos ha acogido así. Nunca me cansaré de repetirlo. Aprecio la rutina que me he construido porque de ello depende mi relación con este nuevo mundo que me sigue resultando ajeno. La verdad es que añoro España. La tortilla de patatas no sabe igual a este lado del océano. Sombra de un fuego lejano, las rosas no son las mismas aquí. Ofrenda festiva y funeraria, una flor nunca está quieta, nunca es idéntica. Su color se enciende y desvanece de forma única. Y me digo que esto debe de ser a causa de su naturaleza efímera que perpetúa algo en esencia transitorio, como la vida misma.

La rutina es lo único que permanece de una identidad que casi perdí mientras esperaba frente al mar plomizo y bajo un cielo tan cargado de nubes que daba la impresión de que si me hubiera estirado habría podido tocarlo. La rutina para evitar perderse y como consuelo de haber sobrevivido. La rutina me sirve como trincheira para luchar contra los fantasmas que se niegan a permanecer anclados en el pasado. Los muertos gozan de mejor salud que los vivos.

Hace poco, por la tarde —aunque aquí las siete ya es por la noche—, escuché un par de detonaciones. Su estallido resonó en el edificio amplificándose en ecos horribles. Y luego nada, silencio. Escuché cómo se abrían algunas puertas pero yo permanecí aterrada dentro de mi departamento, la mirada llena de imágenes escalofrantes. Lloré a causa del pánico y después en una





calma como hacía mucho tiempo no sentía. Cuando me fui a la cama ni siquiera tuve que leer para conciliar el sueño, que tanto nos rehúye a los viejos.

Dormí profundamente y de un tirón varias horas porque cuando desperté amanecía. Era todavía una luz tenue la que entraba por la ventana reflejándose sobre el espejo. Escuché el ruido de la puerta abriéndose y pensé que era Modesta pero inmediatamente me di cuenta de que todavía era demasiado temprano. Permanecí en la cama sin saber qué hacer, escuchando atentamente el avance de unos pasos arrastrados. Mi gata se inquietó erizando el lomo hasta que un hombre acaso demasiado bien vestido pero muy sucio apareció en el dintel de la puerta de mi habitación.

Llegó de una manera casi violenta, abriéndose paso entre el aire que se enfriaba cada vez más rápidamente. ¿Qué ser era ese? Uno que ya no estaba escondido, que venía de no sé dónde, que entraba por no se sabe qué lugar, algo que aparecía como un ser. ¿Tendría parentesco con la muerte?

Haberse muerto de verdad es lo que ningún ser, empezando por mi gata que ahora bufa y abre las fauces, puede aceptar. Por eso salta de la cama y huye despavorida.

El pánico me paralizó y aunque lo vi avanzar hacia mí segura de que me asesinaría fui incapaz de gritar. El hombre llegó hasta mi cama, se quitó el sombrero, se dio la media vuelta, se sentó y después, con gran lentitud, se acostó a mi lado con respiración pedregosa. Sentía su brazo al lado del mío y podía adivinar su perfil muy cerca. Pero era incapaz de mover un músculo hasta que él se acercó más presionándome el costado.

—Por el amor de Dios —dijo con una voz empañada y lejana.

No pude soportar su contacto viscoso y haciendo un movimiento instintivo de rechazo provoqué que él volteara su rostro hacia mí. Sin que me diera cuenta cómo ni pudiera impedirselo con un movimiento desconcertantemente rápido se colocó encima. Su peso y su aliento fétido sobre mi rostro me impedían respirar y cuando sentí que estaba a punto de morir asfixiada lu-

ché por quitármelo de encima. El hombre no se movía, los ojos velados y su cuerpo inerte y helado como si procediera de una tumba antiquísima.

Por fin pude desprenderme y caí al suelo pero cuando me incorporé el hombre había desaparecido. La cama quedó totalmente revuelta. Además, con la brusquedad de mis movimientos tiré el vaso al suelo. Se rompió y el libro cayó encima del agua. Pasé el resto del día asustada, cavilando acerca de si estaré perdiendo la razón. Eso sería lo peor que podría suceder. ¡Sobrevivir la guerra para luego volverse local! Incluso una sentencia de muerte es menos terrible que la certeza de estarse hundiendo en un mundo de pesadillas y ser incapaz de evitar el naufragio.

Para no pensar en todo esto ni en que mi gata no aparecía por ningún lado salí por la tarde temprano a estirar las piernas en el parque. En el descanso del segundo piso me encontré con una niña que avanzó hacia mí desde el fondo del pasillo.

—Hola —me dijo sonriente. Y antes de que tuviera tiempo de contestar me cogió la mano—. Soy Federica —dijo.

—Hola —respondí—, yo soy Rosa.

Detrás de ella surgió un niño.

—Este es mi amigo Raúl —dijo Federica.

—Hola, Raúl. ¿Así que sois vosotros los que jugáis en los pasillos?

Los chicos sonrieron pero no me respondieron. En su lugar me acompañaron abajo. Me sentí aliviada y hasta ligera en su compañía, como si con cada escalón menos se me quitara un año de encima. Cuando llegamos a la planta baja me acerqué al escritorio donde Juana deposita diariamente la correspondencia y los periódicos para recoger el mío.

—El siete de noviembre —le dije a los niños—, es que ya no sé ni en qué día vivo.

—¿Y eso qué importa? —dijo Federica.

Me desconcertó su respuesta pero más una mancha oscura en su vestido que no había notado antes. Creo que era sangre seca.



Bruce Swansey

—¿Pasó algo? —pregunté señalando con el rostro hacia la mancha.

—Nada. Un raspón —dijo ella, extendiéndome la mano.

Inmediatamente noté que por primera vez la fecha carecía de importancia y que tampoco me interesaba saber la hora. Salimos a la tarde bañada por una luz que me pareció de oro, una luz benigna que destacaba cada objeto sin arrebatarse su ser. Al lado de los niños experimentaba una dicha intensa, una plenitud injustificada.

En el parque me senté en una banca y mientras ellos jugaban en el prado cerca del estanque revisé el periódico. La primera página estaba dedicada a la sucesión presidencial y a la toma de posesión que sería a fines de mes. Anécdotas sobre el nuevo presidente, a quien le gustaban los automóviles deportivos. Las esperanzas renovadas. Las promesas de justicia. El reparto agrario continuaba aunque era difícil imaginar de dónde sacaban tanta tierra ni tampoco si lo que repartía cada gobierno merecía la pena. Lo de costumbre.

Era agradable estar allí bajo el sol. Cerré los ojos un momento y cuando los abrí para renovar la lectura encontré una nota que me heló el corazón.

La nota decía lo siguiente: “El seis de noviembre del año en curso la Dra. Rosa Sáenz Mejías fue encontrada muerta en su departamento. La policía fue alertada por una vecina que detectó un mal olor persistente que fue intensificándose hasta transformarse en un hedor insoporrible. La Dra. Sáenz había muerto cuatro días antes pero como vivía sola nadie se percató de su desaparición”.

¡No lo podía creer! Continué la lectura con taquicardia.

“La señorita Blanca Valladares, su vecina, reportó su desaparición a la policía. Al parecer la Dra. Sáenz sufrió un ataque cardíaco masivo aunque había señas que revelaban una fuerte actividad física, como si la occisa hubiera sostenido una lucha intensa. La cama estaba revuelta, una de las almohadas tirada en el suelo junto con un vaso roto y un libro. A su lado, en el piso, encontraron el cadáver. El rostro de la difunta tenía la expresión de quien ha experimentado pánico antes de expirar. El caso ha sorprendido a las autoridades porque la puerta estaba cerrada por dentro con llave, no había huellas dactilares en ninguna parte y dado que el departamento de la Dra. Sáenz está en el tercer piso resulta improbable que alguien hubiera penetrado en su casa por alguna de las ventanas que se abren al patio interior del edificio y al garaje”.

Debía tratarse de una coincidencia pero aun así se me heló la sangre.

“El Inspector Nazario Bermejo ha declarado en exclusiva a *Últimas Noticias* que aunque la autopsia revela un ataque al miocardio como causa de la muerte de la Dra. Sáenz, las circunstancias de su deceso son misteriosas. En efecto, porque si la susodicha fue capaz de agitarse tanto en su cama hubiera podido utilizar esa energía para levantarse y caminar hasta el teléfono situado en el vestíbulo de su departamento y llamar al hospital más cercano. De haberlo hecho, hoy la Dra. Sáenz acaso estaría viva. ¿Qué le impidió buscar ayuda? ¿A qué obedecen las señas de violencia? Estas y otras preguntas exigen respuestas que el Inspector Bermejo se ha comprometido investigar”.

Mi primer impulso fue incorporarme y gritar pero al ver que todo a mi alrededor seguía como siempre, que nada extraño ocurría, decidí contenerme.

“Tranquila Rosa, tranqui” —me dije varias veces hasta serenarme. De hecho me sentía mejor que nunca. Luego me pareció que todo es incomprensible y las palabras sólo sirven para ahondar el misterio del mundo.

—¿Regresamos ya? —me preguntó Raúl, sentándose a mi lado.

El silbido del carromato de los camotes anunciaba la caída de la tarde. Hasta entonces ignoraba que tuviera una homónima y aunque parezca demasiada coincidencia porque compartía conmigo la profesión y los apellidos, lo cierto es que yo estoy viva y camino de regreso a casa en compañía de mis nuevos amigos, con quienes disfrutaré una buena taza de chocolate caliente y unos bizcochos que he guardado sin saber que los conservaba precisamente para ellos. En cuanto a la posibilidad de haber perdido la razón, ya no me inquieta. Tampoco haber muerto de un ataque cardíaco. **U**